EL ÁGORA · ENCUENTRO

Señalar lo bello sin medida



Los presentes: Hipias de Élide · Plotino

17 de noviembre de 2026

Señalar lo bello sin medida

Hipias de Élide · Plotino

Señalar lo bello sin medida

Tema. ¿Lo bello se puede definir, o solo se lo reconoce en las cosas bellas?

Nota del Ágora

Lo que sigue no pasó nunca. Juntamos en una conversación a pensadores que vivieron con siglos de distancia y que, casi siempre, nunca se leyeron entre sí. Es un artificio, y preferimos avisarlo de entrada. Y hay algo más: leer a cualquier filósofo del pasado ya es un acto anacrónico, porque lo hacemos con los ojos de nuestro siglo y traducimos sus palabras a problemas que son los nuestros. Así que el problema no es el anacronismo, que es inevitable, sino esconderlo.

Tampoco son las voces históricas. Son reconstrucciones que arma un modelo de lenguaje a partir de lo que estos autores escribieron y de lo que se escribió sobre ellos. Hablan en un formato de debate que ninguno habría reconocido como propio, sobre preguntas que ninguno habría planteado con estas palabras. Y eso es justo lo que vale la pena escuchar: no el acuerdo, sino la fricción entre maneras de pensar que no encajan.

Los presentes y sus horizontes. Hipias de Élide (sofista, c. 460 a.C. - desconocido) · Plotino (helenístico y romano, c. 204/205 d.C. - 270 d.C.). Modera Sócrates de Atenas (clásico, c. 470 a.C. - 399 a.C.), que conduce el encuentro preguntando y no expone doctrina propia.

Diferencias conceptuales en juego

Lo bello como cualidad de las cosas o como forma sin forma

Hipias. Dentro de su marco, lo bello es una cualidad que aparece en cosas concretas, en obras bien hechas, en cuerpos y objetos que agradan a la vista y al oído. Platón le dedica un diálogo entero al asunto, y el sofista de Élide se mueve entre las artes con la confianza de quien cree que el saber consiste en dominar muchos ejemplos a la vez. Lo bello se conoce, para él, en lo que se muestra.

Plotino. Dentro de su marco, lo bello no empieza en lo visible. Hay una Belleza anterior a toda figura determinada, una forma sin forma que las cosas bellas reciben por participación. Si uno la fija en una forma concreta, corre el riesgo de quedarse con lo que se llama bello por una participación desvaída y de confundir el reflejo con el principio.

Por eso no es el mismo concepto en sus bocas: para uno, lo bello es lo que se reconoce en las cosas; para el otro, lo que se reconoce es apenas el eco de un principio que no se deja ver como una cosa más.

Apertura - socrates

Amigos, el tema de hoy parece sencillo y no lo es: ¿lo bello se puede definir, o sólo lo reconocemos cuando lo vemos en las cosas bellas? Todos sabemos decir «esto es bello» sin dudar, pero cuando alguien nos pide qué es lo bello en sí, nos quedamos callados, y eso merece atención. Hipias conoce muchas cosas bellas, y casi todas bien nombradas por su arte y su saber enciclopédico; Plotino busca lo bello en la afinidad del alma con lo inteligible, más allá de la proporción de las partes. Ambos cuentan con que hay algo común a todo lo bello, y ésa es la cuestión que nos reúne: si ese algo se puede decir con palabras o si sólo se intuye al contemplarlo. Empecemos por lo que cada uno afirme sin rodeos.

A toda la mesa: si alguien me pidiera hoy la definición de lo bello, ¿daría una respuesta que sirva para una joven flauta, una vasija y una acción justa, o sostendrán que lo bello no admite una sola definición y se reconoce sólo caso por caso?

Conversación

Hipias de Élide - Varones, ya que Sócrates nos convoca a decir sin rodeos lo que pensamos, lo diré yo, que he llegado a Olimpia con aritmética, geometría, astronomía, música, gramática, mnemotecnia, pintura y escultura en el equipaje, y que por eso puedo hablar de lo bello sin tartamudear ante una flauta, una vasija o una acción justa. Mi tesis parte de la physis (la naturaleza, que es vínculo y también norma), no del nomos (la ley, la convención). Si lo bello fuera obra del nomos, cada ciudad tendría el suyo y el pregón de Élide no valdría en Atenas. Pero yo sostengo lo que sostuve ante los griegos reunidos: «Varones aquí reunidos: os considero a todos parientes, allegados y conciudadanos por naturaleza, no por la ley; pues lo semejante es por naturaleza pariente de lo semejante, mientras que la ley, que es un tirano de los hombres, fuerza muchas cosas contra la naturaleza.» Y si lo semejante es pariente de lo semejante, lo bello, que a todos nos atrae igual, será lo común que emparenta a la joven flauta, la vasija y la acción justa. Habrá, pues, una sola respuesta.

Ahora bien, soy hombre de discursos completos y los hago por ambos lados. Hablo primero por el sí: que lo bello sea una medida adecuada a cada cosa, que la flauta suene como debe, que la vasija sirva a su fin y que la acción justa convenga a la ocasión; una fórmula, entonces, y el sabio que domina todas las artes puede enunciarla. Hablo luego por el no: la flauta se oye, la vasija se palpa y la acción justa ni se oye ni se palpa, de modo que quien exige una sola palabra para tres cosas tan distintas no busca lo bello, sino una trampa de palabras. Ambos discursos se sostienen, varones, y no los amaño para divertirme. Los pongo en la balanza para preguntar con qué criterio elegimos entre ellos. Mi criterio es la physis: se elige el discurso que valga para todos los hombres y no sólo para este o aquel auditorio.

Sé que Sócrates querrá partirme esto en migajas, pregunta a pregunta. Le concederé los pasos, pero no la conclusión de que, por no caber en una fórmula corta, lo bello no tenga definición. A Plotino, que lo busca en el alma más que en las proporciones, le pregunto si su afinidad con lo inteligible no es otra manera de decir parentesco por naturaleza. Porque, si lo es, estamos más cerca de lo que creemos, y el sabio genuino, que se basta a sí mismo, no necesita que nadie le dé la definición: la compone.

socrates profundiza: Plotino, Hipias acaba de decir algo que conviene precisar antes de seguir. Afirma que lo bello es lo común que emparenta la flauta, la vasija y la acción justa, y que ese parentesco es natural. Pero no nos dice qué es eso común. Si lo común fuera la proporción, la acción justa tendría que ser proporcionada de algún modo, y no veo cómo. Entonces, ¿qué es lo que la flauta, la vasija y la acción justa tienen en común, de manera que sea bello en las tres, y no sólo una palabra que usamos para ellas?

Plotino - Me preguntás qué es lo común, Sócrates, y te contesto de frente: no es la proporción. Tenés razón en dudar de ella, porque la acción justa no tiene partes que se midan, y si la proporción fuera lo común, la dejaríamos afuera o la llamaríamos proporcionada solo de palabra. Pero antes de nombrar lo común, digo con qué criterio juzgo que algo es bello en las tres. Mi criterio es este: es bello lo que, siendo materia o acto, ha sido ordenado por una forma que viene del alma, y el alma la recibe de la Inteligencia. La flauta bien afinada, la vasija bien hecha y el acto justo son bellos porque en cada uno hay algo que no nace de la materia ni de las partes, y eso es lo que el alma reconoce y ama. En lo visible, ese reconocimiento se posa sobre la proporción, y por eso concedo que «aun acá la belleza

consiste más en el esplendor que refulge en la proporción, y que ese esplendor es lo que enamora». Fijate: lo que enamora es el esplendor, no la proporción. La proporción es el lugar donde el esplendor aparece en las cosas con partes. En la acción justa aparece sin ese lugar, en el orden del alma que obra.

Y aquí está la ambigüedad real que señalás. La palabra «bello» no dice lo mismo en lo sensible y en lo inteligible; es equívoca, y por eso Hipias no puede esperar una sola fórmula de partes para todo. Lo común no es una propiedad que se reparte por igual, como el color en tres telas. Es una dependencia: las tres cosas son bellas por participar, cada una a su modo, de la forma, y la forma, a su vez, de lo que está antes de ella. Y ahí hay que decir algo que a Hipias va a incomodar: la Belleza primera carece de forma, porque la forma es amable por venir de lo que no la tiene. Si la primera belleza tuviera una fórmula, sería una forma entre otras, y dejaría de ser lo que hace bellas a todas.

Esto responde también a su parentesco. Acepto que lo semejante es pariente de lo semejante, pero lo llamo parentesco del alma con lo inteligible, no de la physis con el cuerpo, porque el alma reconoce lo bello al reconocerse a sí misma. Somos bellos cuando nos conocemos y feos cuando nos desconocemos. Por eso no se compone una definición como se compone un discurso. Se la recuerda. Y por eso mismo definir lo bello por partes siempre queda corto: se lo puede señalar, no abarcar. Pero no queda por eso en palabra vacía, Sócrates, porque tiene un origen y tiene una escala por la que el alma sube.

socrates profundiza: Hipias, Plotino me ha dicho que lo común no es la proporción, sino un esplendor que viene de una forma ordenadora, y que la palabra «bello» es equívoca entre lo sensible y lo inteligible. Antes de seguir, precisá algo: si la flauta, la vasija y la acción justa son bellas por un mismo parentesco natural, ¿ese parentesco es algo que cada una tiene, como el color de tres telas, o es algo que sólo se afirma al compararlas? Y si decís que es physis, decime qué pasa con la acción justa, que no tiene partes que se midan: ¿en qué se parece a la flauta?

Hipias de Élide - Te respondo de frente, Sócrates, y sin partirme en migajas. El parentesco no es el color de tres telas, que se mide pegado a cada tela. Tampoco es una mera comparación que hacemos nosotros. Es lo que cada cosa tiene y que la comparación descubre. La physis (la naturaleza, que es vínculo y también norma) está en las cosas antes de que nadie las junte, como el parentesco entre hermanos existe antes de que alguien los nombre. Concedo la ambigüedad que señalás: de la flauta se afirma por el oído y de la acción justa por el juicio, y esa distancia es real. Sobre la acción justa digo lo verosímil (eikos, lo que normalmente ocurre): todos los hombres, de Élide o de Atenas, llaman noble a esa acción como llaman bien afinada a la flauta. Esa regularidad del juicio no necesita partes que se midan. No pretendo una medida común, sino un asentimiento común, y lo que asiente igual en todos los hombres es la physis, no el nomos. Si Plotino lo llama alma, no pelearé por el nombre. Sentencia: lo que todos reconocen por igual no puede ser obra de la ley.

Plotino - Tu asentimiento común, Hipias, me sirve más de lo que creés, pero te lleva adonde no querés ir. Si todos los hombres asienten igual, o bien asienten a algo que está en la flauta, la vasija y la acción, o bien a algo que ellas no tienen. Si es lo primero, tendrás que decir qué es, y ya vimos que no es la medida, porque la forma mensurada «será siempre bella», pero no es la Belleza auténtica. Si es lo segundo, el asentimiento viene del alma, que reconoce lo que ya lleva consigo, y entonces tu physis es lo que yo llamo alma y no hay fórmula de partes que la agote. Y una tercera salida no hay: una definición tan general que valga para las tres no dice nada de ninguna. Por eso sostengo que «la naturaleza primera de la Belleza carece de forma», y lo que carece de forma se señala, no se define. ¿Cuál de las dos salidas tomás?

Hipias de Élide - Tomo la primera salida, Plotino, pero con otro nombre del que esperabas. Concedo que el asentimiento no es medida; eso ya lo di. Concedo más: si lo que asiente en todos es lo que ustedes llaman alma, no pelearé por el vocablo. Pero pagá tu parte de la cuenta. Si señalar basta, ¿con qué criterio distinguís un buen señalamiento de uno malo? Sin criterio, el dedo se extiende a cualquier cosa. Y ese criterio será lo que todos reconocen igual, de Élide a Atenas, que es justamente mi physis (naturaleza, vínculo y norma a la vez). Yo no ofrezco una fórmula de partes, ofrezco el discurso que ese reconocimiento común autoriza, y lo compongo con lo que sé de números, de música, de ritmo, de historia antigua. No me hace falta que lo bello tenga forma para que tenga nombre único. Sentencia: lo que obliga a todos a señalar en la misma dirección ya está diciendo algo.

Plotino - Me dejaste una palabra suelta, Hipias, y la tomo: el dedo. Tenés razón en que un dedo que se extiende a cualquier cosa no señala nada. Te concedo la deuda: hace falta un criterio. Pero fijate qué clase de criterio es el que pedís. Si es «lo que todos reconocen igual, de Élide a Atenas», ese criterio mide el acuerdo de los que miran, y el acuerdo viene después de lo bello, no antes. Lo bello es bello en sí mismo, aunque, comparado con otro, sea más o menos bello. Ningún coro de voces lo hace bello, y ningún desacuerdo lo deshace. Por eso tu physis, como norma, me sirve de testigo pero no de juez.

Mi criterio es otro, y lo digo sin rodeos. Un señalamiento es bueno cuando lo señalado muestra la forma presente en la cosa, y malo cuando solo muestra la materia o la medida. Tomá dos piedras de la misma materia: una, trabajada por el arte, aparece bella «no por ser piedra, de lo contrario también la otra sería igualmente bella, sino gracias a la forma que le infundió el arte». Ahí tenés una prueba que el dedo puede pasar o no pasar. Si señalo la piedra por ser piedra, fallo. Si señalo la forma que la ordena, acierto. Y lo mismo vale para la flauta, la vasija y la acción justa. En la acción no hay piedra que comparar, pero sí hay un orden del alma que se ve cuando uno mira la sabiduría de un hombre y no su cara, que puede ser fea. Así que el criterio es graduado: el dedo es mejor cuanto más despoja de materia y de medida lo que ve.

Y esto toca tu pretensión de un nombre único. Te concedo que lo bello tiene un solo nombre. Pero «bello» dicho de lo sensible y de lo inteligible es equívoco, porque coincide solo en el nombre. Así que no puedo darte una fórmula que valga igual para la flauta y para la justicia. Puedo darte un orden: lo mejor señalado es lo que menos depende de las partes. En el extremo, nombrar la belleza pide quitar toda forma, incluso la que el pensamiento usa para distinguir una virtud de otra. Tu discurso, compuesto con números y ritmos, llega a la proporción, que es el último peldaño, y desde ahí no se ve el primero. Te pregunto entonces: ¿qué número tiene la justicia de la acción que te obliga a todos a señalarla?

Hipias de Élide - Varones, concedo un punto concreto, y me cuesta poco: el acuerdo de los que miran viene después de lo bello, y la piedra trabajada no es bella por el aplauso. Eso lo doy. Pero vuelvo a la acción, que es lo que Plotino me puso delante. Me preguntás qué número tiene la justicia. Ninguno, y no lo necesito: bajo a la acción concreta. Un hombre devuelve un depósito a quien no puede reclamarlo; cuesta, y se reparte lo que es de otro. Ahí no veo una forma sin materia, veo que en Élide y en Atenas todos llaman noble al acto. Tu criterio, que consiste en quitar materia y medida, ¿quién lo garantiza? Si lo garantiza el alma que mira, volvemos al juicio compartido, que es mi physis. Y recuerdo que ésta no es el acuerdo de una ciudad: «un parentesco natural entre todos los seres humanos que las fronteras de la ciudad ocultan». Sentencia: el que señala sin testigos de todos los hombres señala sólo para sí.

socrates reformula: Hipias, Plotino te planteó una objeción que todavía no tocaste: el parentesco que buscás entre la flauta, la vasija y la acción justa, ¿es algo que las cosas tienen en sí, o algo que el

alma descubre al mirarlas? Plotino dice que lo semejante se reconoce por semejanza con lo que el alma ya es, no por la naturaleza del cuerpo. Si eso es así, ¿qué le respondés a que una definición única por naturaleza quede corta? Dicho sin rodeos: ¿tu physis es el cuerpo de las cosas o el alma que las mira?

Hipias de Élide - Respondo sin rodeos, Sócrates, y es el último discurso que me toca: mi physis no es el cuerpo de las cosas ni el alma que las mira. Es lo que las cosas tienen y que el alma, al mirar, registra sin fabricarlo. Reconocer no es fundar, y ahí Plotino confunde los planos. Si la physis fuera sólo lo que el alma pone, ya no sería physis (naturaleza) sino un nomos (convención) del alma, una ley privada con otro nombre. Lo digo con las palabras de mi doctrina: «existe un parentesco natural entre todos los seres humanos que las fronteras de la ciudad ocultan». Parentesco entre todos, no invento de cada mirada. Admito el precio: la acción justa no tiene número y mi definición no será una suma de partes. Pero una definición única que dice «lo que a todos los hombres, mirando bien, se les impone igual» no queda corta; queda ancha, como corresponde a lo que abarca la flauta, la vasija y el depósito devuelto. Sentencia: el dedo de Plotino vale lo que valgan los testigos que lo acompañan.

Cierre - socrates

Amigos, no llegamos a una definición de lo bello, pero sí sabemos mejor dónde nos trabamos. Hipias sostiene que lo bello tiene una sola respuesta porque es lo común que emparenta la flauta, la vasija y la acción justa, y que ese parentesco es natural. Plotino responde que lo bello es el esplendor que una forma da a la materia o al acto, que la Belleza primera carece de forma y por eso se señala y no se define, y que el acuerdo de los que miran viene después de lo bello. Siguen en pie ambas tesis, y también la pregunta por el criterio que distingue un buen señalamiento de uno malo. Quedan sin respuesta dos objeciones. Si la garantía de la forma la da el alma que mira, vuelve el juicio compartido que Hipias llama physis; y si la physis es sólo lo que el alma pone, deja de ser naturaleza y se vuelve una convención privada. Tampoco sabemos qué número, si alguno, tiene la justicia. Así que no decidimos si lo común es algo que las cosas tienen o algo que el alma descubre al mirarlas. Quedamos en la aporía, y eso ya es algo.

Mapa de jugadas dialécticas

1. Hipias de Élide, a toda la mesa · tesis nueva · Antilogía (;ÓÄ;“»;ó³:ó±, argumentos opuestos): sostener el sí y el no con igual despliegue y exigir el criterio de elección; tesis nueva

2. Plotino, a toda la mesa · distinción · Disputa del criterio (explicito el criterio con que juzgo lo bello en las tres cosas antes de nombrar lo común); distinción entre esplendor y proporción, y entre equivocidad sensible/inteligible

3. Hipias de Élide, a toda la mesa · distinción · Argumento por lo verosímil (eikos): apelar a lo que el auditorio reconoce como bello en prácticas concretas, sin pretender medida física común; distinción

4. Plotino, a Hipias de Élide · reductio · Dilema o trilema (la definición única es o vacía, o específica, o la belleza es irreductible); reductio

5. Hipias de Élide, a Plotino · concesión parcial · Antilogía (;ÓÄ;“»;ó³:ó±, argumentos opuestos): exigir el criterio que decide entre definir y señalar; concesion parcial (costo de la concesión)

6. Plotino, a Hipias de Élide · concesión parcial · Distinción operativa (señalar desde la forma presente en la cosa vs. desde una medida); concesión parcial

7. Hipias de Élide, a Plotino · concesión parcial · Argumento por physis contra nomos; concesion parcial con vuelta material a la acción concreta

8. Hipias de Élide, a toda la mesa · distinción · Argumento por physis contra nomos (reconocer no es fundar: si la physis fuera sólo lo que el alma pone, sería nomos del alma); distincion

Epílogo, la fricción que el debate ocultó

Qué es lo común: parentesco de la naturaleza o esplendor de una forma

Hipias de Élide y Plotino coincidieron en que lo bello tiene algo común, y esa coincidencia fue un espejismo. Para Hipias, lo común es un parentesco que las cosas tienen antes de cualquier comparación, la fisis que emparenta la flauta, la vasija y el depósito devuelto. Para Plotino, lo común es un esplendor que llega desde una forma ordenadora, y que viene del alma y de la Inteligencia. Ambos dijeron «lo común», pero uno lo busca en las cosas y el otro en lo que las ordena desde fuera. Al forzar el turno simétrico, la pregunta de Sócrates sobre qué tienen en común la flauta y la acción justa quedó respondida con la misma palabra por dos lados que no estaban mirando el mismo lugar.

El criterio del buen señalamiento: lo que todos reconocen o la forma sin materia

Cuando Hipias pidió un criterio para distinguir un buen señalamiento de uno malo, y Plotino propuso que fuera buena la señal que muestra la forma y no la materia o la medida, parecieron discutir la misma norma. No la discutían. Para Hipias, el criterio es lo que todos reconocen igual, y eso es su fisis como norma y vínculo. Para Plotino, el consenso es testigo pero no juez, porque lo bello es anterior al acuerdo de quienes miran. La objeción de Hipias sobre quién garantiza el criterio de forma sigue pendiente, y es ahí donde la fricción quedó sin resolver: si la garantía es el alma que mira, el juicio compartido vuelve a entrar por la puerta que Plotino quería cerrar.

La justicia y el número: cuando la definición se vuelve ancha

La pregunta de Plotino por el número de la justicia de la acción tocó el punto donde la fórmula de partes parecía imposible. Hipias concedió que la acción justa no tiene número y que su definición no es una suma, pero la llamó ancha y no corta. Plotino había usado la palabra definición en un sentido que excluye lo que no se mide, y Hipias la usó para abarcar lo que no se mide. Ninguno de los dos mostró que la otra acepción fuera falsa, y el formato de turnos dejó que cada uno siguiera con su vocabulario sin pedir cuentas por la palabra definir.

La fricción, más que el acuerdo aparente sobre que lo bello es común, era el objeto de este encuentro, porque allí se veía que decir «común» no alcanza para saber qué se está afirmando. Esta lectura es una reconstrucción desde el siglo veintiuno, que pone en diálogo a dos pensadores separados por casi setecientos años y que no pudieron, dentro del formato, sostener la misma pregunta.